

Holan, «el árbol más alto»

Vladimír Holan (1905-1980), «el árbol más alto del bosque checo», en palabras de Aragón, inició su andadura poética por el camino de Mallarmé y cediendo a la tentación surrealista (*Abanico en delirio*, 1926) para desprenderse progresivamente de los moldes alambicados y dejar fluir el verbo en su intensidad metafísica (*El triunfo de la muerte*, 1930). Tras llegar a una extrema simplificación de su lenguaje y convertirse en el portavoz del pueblo en pro de la liberación durante la guerra (*Tereška Planetová*, 1943; *Soldados del Ejército Rojo*, 1947), en 1948 es acusado de formalismo decadente debido a sus orígenes literarios y prohibido. Como reacción, el poeta se encierra en su casa para no volver a salir más que en ocasiones excepcionales. Escribe entonces sus obras más importantes: *Avanzando* (1943-1948), *Dolor* (1949-1954), *Una noche con Hamlet* (1949-1956-1962) y *Toscana* (1958-1963), por la tercera de las cuales —que recibió el Premio Etna-Taormina en 1966— empezó a ser conocido internacionalmente. De estas cuatro obras, aunque el poeta daba su preferencia a *Toscana*, los estudiosos checos consideran que es *Dolor* la más significativa. También a mi juicio es aquella en la que el pensamiento de Holan aparece más destilado, más claro.

«Llegó el tiempo de callar /.../ —dijo Holan en la única entrevista concedida durante su autoencierro—. Existe la mordaza y existe también la cruel pregunta: ¿Por qué escribir? /.../ Por supuesto hay momentos, y pueden durar años, en que al hombre no le queda sino hablar consigo mismo...»¹ Pero en realidad Holan hace algo más, ese hablar es un diálogo («el monólogo/ ¡aquél error de suicidas!»²) y a través de los muros que le ocultan, esos muros tan fieles a su espíritu que llegará a presentarlos como autorretrato, se hace presente ante él la realidad del mundo y del hombre en toda su dimensión. Su actividad creativa en estos primeros años de encierro (de los que se ha dicho son los siete bíblicamente fértiles) es extraordinaria, escribe más de siete mil versos. De estos siete mil, los que constituyen *Dolor* se ordenan en más de un centenar de poemas breves que reiteradamente giran en torno a cuestiones fundamentales: conocimiento, límite, ser, transitoriedad, muerte, amor, belleza... Pero estos temas, las grandes incógnitas de la vida humana, aparecen en la obra de Holan desde *El triunfo de la muerte*, pues su poesía es ante todo una forma de conocimiento, un paso en lo desconocido, una penetración en el misterio, una entrega, un testimonio del ser a través de la existencia humana. Holan nos habla siempre de la realidad que percibe y a partir de ella intenta despejar la incógnita que se le plantea («—¿Por qué escribe Vd. poemas?— Se trata del ser... del mudo ser», dice en *En el último trance*³). Por ello se remonta a la búsqueda del origen, situándose, como hiciera Rilke, del mismo modo que el primer hombre, para buscar la palabra adecuada, pura, nítida, y luego transmitirla.

¹ JUSTL. «S Vladimír Holanem», *Literární Noviny*, Praga, 1964, n.º 19, pág. 6.

² V. HOLAN, *Toscana*.

³ Poema «Sólo así».

Realidad y misterio a través de lo perceptible por los sentidos y la mente humana es lo que refleja el libro *Dolor*. En primer término esto se capta a través de la forma, que pone en evidencia esa realidad inabarcable que sólo podemos conocer parcialmente, lo que, a diferencia de lo que sucedía en sus poemas largos, como *Una noche con Hamlet* o *Toscana*, donde esto se traducían en amontonamientos, desconexiones, aluviones de imágenes e interrupciones bruscas, ahora se produce a veces sencillamente por medio de una imagen o una contraposición que deja entrever un destello de verdad. De la extrema complicación de *Abanico en delirio* donde el verso era un enigma para el lector, Holan ha llegado a una «complicada simplicidad» que se basa ante todo en la antítesis entre lo cotidiano y lo trascendente. Esto lo expresa de diversas maneras; así, por ejemplo, colocando al lado dos realidades que presentan un mismo acontecimiento bajo dos aspectos distintos, como en el poema «Encontraste» donde cita una carta de amor que discurre en el terreno de las elucubraciones y, de pronto, tras la afirmación: «*puesto que nada más a Dios le es dado decir y hacer...*» añade «*Y la cicatriz de mi vacuna que/aquella vez en la antesala...*» Otro procedimiento que se dirige al mismo fin es revelar hechos contradictorios, así los versos «*Voy a tener un hijo, dijo la muerte*»⁴, o «*Todo, hasta el silencio, tiene algo que callar*»⁵, o bien «*un hombre tendido que lo exige todo / de una mujer ausente*»⁶.

Esta contraposición se expresa también en la esfera de la lengua por medio del empleo del verso libre, la prosaización, la tendencia al estilo hablado, que, como observa Pesat⁷, Holan «actualiza de manera diversa y con esto otra vez complica: del estilo hablado quedan solamente sus rasgos externos, el indicio del esquema sintáctico, mientras que el propio contenido diverge del esquema elegido. El poeta alcanza entonces una tensión a través de un principio de esperanza frustrada». Los fragmentos entrecortados, el empleo continuo de puntos suspensivos, la obsesiva repetición, son otros modos de desvelar indicios que dejan ver la tensión entre lo visible y lo oculto, lo expresado y lo inexpresado; la repetición de versos idénticos en distintos poemas o la vuelta a determinadas citas o imágenes deja entrever la fuerza centrífuga del pensamiento de Holan, su búsqueda de fondo de una unidad a pesar de la desintegración del hombre y el mundo que le rodea.

Esta continua búsqueda lleva al poeta a estar siempre en contacto con lo esencial del ser humano, con la vida sencilla, los seres simples que son los que pueden devolverle la identidad; sin embargo, también ellos suelen dar «direcciones equivocadas», y el hombre, en general, alberga en su interior a ese que por salvarse a sí mismo se pone a «matar a hombres y mujeres»; la plenitud, en la tierra, se alcanza sólo en un instante y cuando todo acontecer es imposible, los ángeles comparten con el hombre la contingencia y las lágrimas humanas aparecen a la vez en el rostro de la Virgen y en el de la serpiente. Esta es la implacable lucidez de Holan: «la avaricia empieza en el dar»⁸,

⁴ Poema «Junto a la fuente, junto al estanque».

⁵ Poema «Otoño I».

⁶ Poema «Noche de otoño».

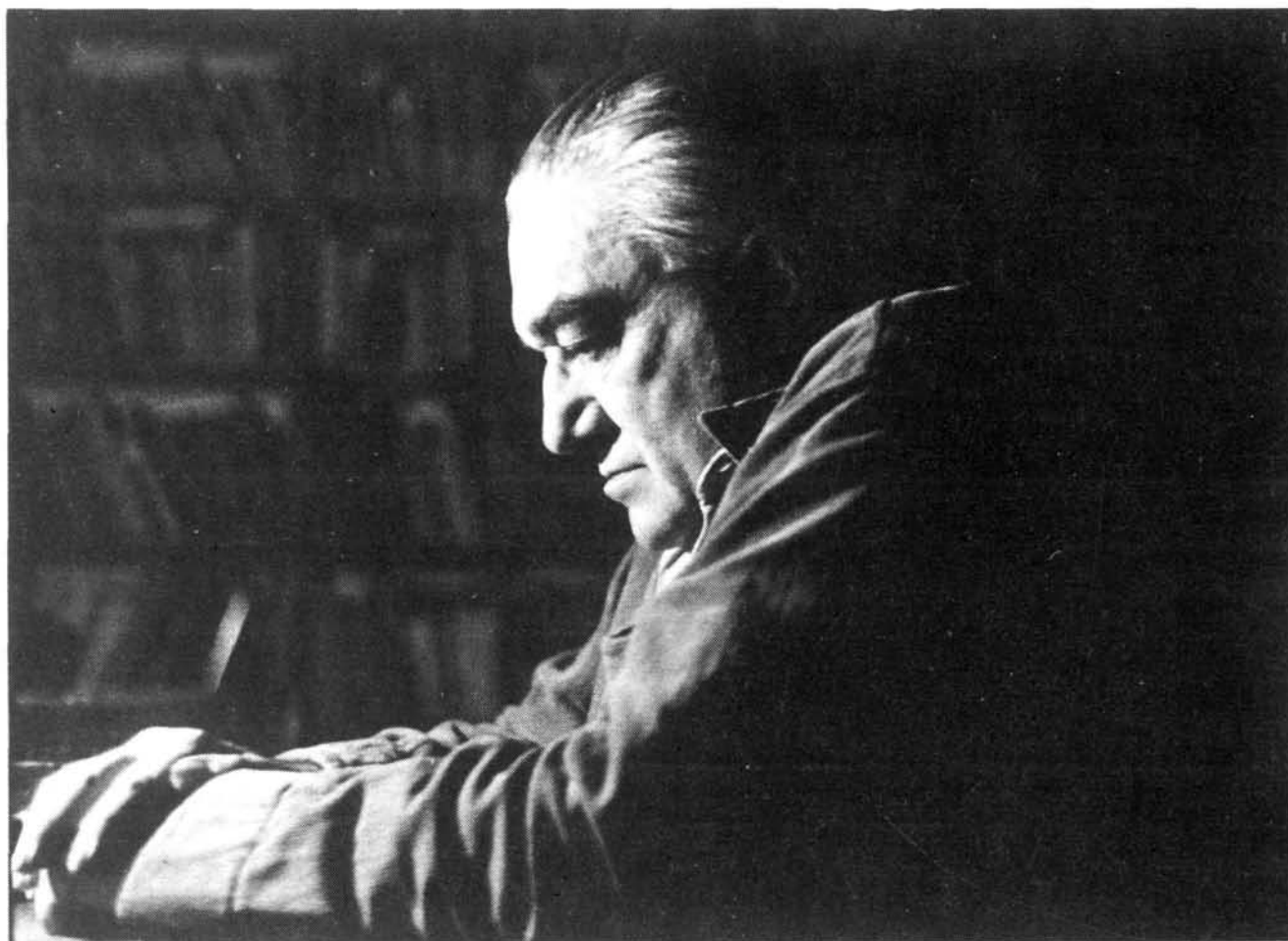
⁷ PESAT. «Hodina mexi xsedností a tajemství», *Literární Noviny*, 1966, n.º 13, pág. 5.

⁸ HOLAN. *Una noche con Hamlet*. Op. cit. pág. 18

una lucidez que le hace llegar hasta la crueldad, le hace tener siempre presente la muerte, la soledad, la nada, si bien es la misma que le lleva siempre de nuevo al amor.

«La poesía es el misterio, —dijo Holan⁹— Debería ser la precisión», por este camino se esfuerza el poeta hasta el final. Muchos son los obstáculos: el ser, objeto de la poesía, puede consistir precisamente en su no ser; la palabra, asustarse del grado de depredación al que ha llegado y el poeta, ni en su afán de ser fiel, poder prescindir de sí mismo. Sin embargo una profunda fe en la vida y en su ser de poeta mueve su esperanza y le hace seguir; sabe que una certeza, una posibilidad de conocimiento, y por ello de plenitud, de luz, están ahí, aún cuando la tiniebla sea total, y sabe que una vez más serán ciertas sus palabras: «Ya ni siquiera presentimos / y luego nos quedamos asombrados»¹⁰, lo que le otorgará otro instante de Ser, pues «el nombre del poeta es el asombro»¹¹.

CLARA JANÉS



⁹ V. JUSTL. «Rozhovor sedmí noci», epílogo a la antología *Nocní Hlídky srdce*, de Holan, Praga, 1963.

¹⁰ *Dolor*. Poema «Noche de estampido».

¹¹ V. HOLAN. *En el último trance*, poema «Pero ellos».



A la izquierda, entre otras, la casa de Vladimir Holan